

¿Qué quieres que haga por ti?

Este domingo y el próximo escucharemos esta pregunta en labios de Jesús. La misma pregunta dirigida, en un caso, a dos de sus discípulos más cercanos y, en otro, a un mendigo ciego. En el relato de Marcos, las dos escenas plantean un contraste. Al leerlas o escucharlas hoy, este contraste nos interroga.

LA RESPUESTA EQUIVOCADA

En la primera escena, la que leemos hoy, la pregunta de Jesús pretende clarificar una petición que le hacen Santiago y Juan, los dos hijos de Zebedeo que le habían seguido desde el comienzo. Jesús les pregunta qué es lo que quieren de él, y su respuesta es desconcertante: quieren que les conceda los puestos de honor (a su derecha y a su izquierda) cuando venga en su gloria. La respuesta es desconcertante, porque Jesús acaba de decirles que se dirigen a Jerusalén y allí tendrá lugar su pasión. Pero también es desconcertante la reacción de los otros diez discípulos, que reprochan a los Zebedeos haber hecho esta petición. Tanto tiempo con él y no han entendido aún. Por eso, Jesús tiene que instruirles pacientemente, exhortándoles a cambiar su modo de pensar y de actuar: en lugar de buscar el honor y el poder, como hacen los grandes de este mundo, ellos deberán hacerse servidores y esclavos de todos, tomando como ejemplo su propia entrega por todos.

LA RESPUESTA ADECUADA

En la escena siguiente, la que leeremos el próximo domingo, asistimos también a un encuentro. Pero esta vez los interlocutores de Jesús no serán los hijos de Zebedeo, sino el hijo de Timeo, un mendigo ciego que le llama insistentemente cuando se dispone a salir de Jericó camino de Jerusalén. Su repetida súplica: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”; hace que Jesús lo mande llamar. Bartimeo, después de arrojar su capa de mendigo, se acerca a Jesús y es entonces cuando tiene lugar un diálogo que contrasta con la que hemos escuchado en la escena de los Zebedeos.

La pregunta de Jesús es la misma: “¿Qué quieres que haga por ti?” Pero la respuesta es muy distinta. Bartimeo no busca puestos de honor, sino que pide ver: “Señor, que vea”. Su petición es, ante todo, una súplica. Es una oración que nace del reconocimiento de la propia incapacidad para ver. Por eso Jesús, reconociendo su fe, le concede lo que pide.

LA RESPUESTA DEL DISCÍPULO

La historia de Bartimeo termina diciendo que, después de recuperar la vista, seguía a Jesús por el camino. Por el camino venían con él los Zebedeos desde hacía mucho. Estos y aquel, discípulos que van detrás de Jesús: unos todavía sin ver, otro con la visión recién recobrada gracias a su actitud suplicante. Entre los Zebedeos y Bartimeo hay un camino que todo discípulo tiene que recorrer algún día.